

PRIMER PREMIO

La vida en su Tierra

Ildefonso Delgado de Luelmo

Tengo en mis manos el libro de la vida de mi madre, ¡lo he leído tantas veces! y, sin embargo, siempre vuelvo a leer y releer sus páginas, como tratando de encontrar en él algo, que involuntariamente hubiera saltado sin darme cuenta. Lo hojeo de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante y siempre, me detenga en la página que me detenga, me atrapa el contenido que ella encierra. Claro...!, demás está decir que hay muchas, por no decir la mayoría, en las que el episodio que allí narra, me hace siempre rodar alguna lágrima por las mejillas, pero también contiene de las otras, de las que a uno lo hace, por lo menos, sonreír. Hay una parte en este libro, allá por la década del cincuenta del pasado siglo, donde yo entro en escena y no sé todavía si mi llegada mejoró o empeoró la situación de mi progenitora en aquel instante de su vida.

En estos momentos tengo abierta ante mí la primera hoja de ese voluminoso libro y en ella leo:

“Acta de Nacimiento N° 138-Folio 88. Nació una niña llamada María Luisa Delgado de Luelmo el 13 Abril de 1926.

En Muga de Sayago a 14 de Abril de mil novecientos veinticinco ante Don Agustín Marino Ramos Juez Municipal y Don Modesto Fernández Silva, Secretario, compareció Don Gregorio Delgado Domínguez, mayor de edad, casado, jornalero, natural Zamora, provincia de ídem y vecino de este pueblo, de 29 años de edad, domiciliado en la calle Mayor N° 23, según cédula personal corriente que tuve presente con el objeto de que se inscriba en el Registro Civil una niña y al efecto como padre del mismo declaró que dicha niña nació en casa del declarante el día de ayer a las veinticuatro horas. Que es hija legítima del declarante y de su mujer Hortensia

de Luelmo natural de Moraleja provincia de Zamora de 27 años de edad dedicada a las ocupaciones de su sexo y domiciliada en la de su marido. Que es nieta por línea paterna de Don Antonio Delgado y Bruna Domínguez el primero natural Corrales y la segunda natural de Sejas de Aliste, por línea materna de Don Esteban de Luelmo y Doña María Luisa Elvira Domínguez natural de Moraleja y que a expresada niña se le puso por nombre María Luisa.

Todo lo cual presenciaron los testigos Don Santos Pascual y Don Esteban Fontanilla mayores de edad y vecinos de este pueblo.

Leída íntegramente esta acta e invitadas las personas que deben suscribirla a que la leyeran por si mismos si aun lo creían conveniente se estampó en ella el sello del Juzgado Municipal la firma del Señor Juez declarante y los testigos y de todo ello yo como secretario certifico.

Agustín Marino

Gregorio Delgado

Santos Pascual

Esteban Fontanilla Modesto F Silva



Esteban Luelmo, abuelo del M.^a Luisa, en la prisión de Daimiel. A esta ventana de la celda alude Cándido Luelmo.

A partir de ese momento, comienza mi madre a transitar los sinuosos caminos de este mundo. A poco de nacer, sus padres se trasladan desde Muga de Sayago hasta Almeida¹, a vivir en casa de sus abuelos paternos, Antonio Delgado Parriego y Bruna Domínguez de Cavo, quienes tenían una tahona en ese pueblo.

No recuerda cuánto tiempo estuvieron allí, pero sabe que de Almeida se trasladan nuevamente, y esta vez a Bermillo de Sayago, donde el abuelo materno, Esteban de Luelmo González y su abuela María Luisa Elvira Domínguez, vivían. Allí su abuelo ejercía el cargo de Jefe de 2^a clase en la cárcel y su padre iba a ingresar a la misma como celador.

Fue en Bermillo de Sayago donde la pequeña María Luisa dio sus primeros pasos, rodeada del cariño y afecto

¹ Localidades del S.O. zamorano (N.E.)

de sus seres queridos y también por qué no decirlo, de algunos presos que cumplían su condena, pero que, por haberseles observado buena conducta, se les permitía permanecer fuera de los límites carcelarios, desempeñando tareas de reparación y limpieza en los lugares por donde la pequeña “Luisita” transitaba a diario.



Luisa con Esteban y Hortensia, abuelos de la protagonista del relato.

Todo transcurría de manera normal, hasta que un día, mientras correteaba por los patios que separaban la vivienda familiar de la cárcel, comenzó a escuchar ruidos, golpes, gritos y atinó a ocultarse detrás de una enorme vasija ubicada en un rincón, cuyo interior contenía agua.

Desde ese lugar, acurrucada y con los ojos muy cerrados, escuchaba que decían: *—¡una fuga de quinquilleros!... ¡una fuga de quinquilleros!*².

No sabía que significaba esa palabra que aún recuerda, pero presentía que algo malo estaba ocurriendo y permaneció oculta en ese rincón con sus pequeñas manos apretadas y su respiración entrecortada, mientras en las inmediaciones, todos corrían y se entrecruzaban voces que provenían de diferentes direcciones. En el lugar, ya estaba su abuela, su padre, su madre y otras personas que atendían al abuelo Esteban, a quien habían envuelto en una frazada cuando entraba al pabellón de los presos y posteriormente había sido golpeado por quienes lograron fugarse.

Cuando la intensidad de los ánimos se fue calmando, se percataron que la niña había desaparecido y nuevamente comienzan los gritos de llamada y el ajetreo general, lo que hace que María Luisa permanezca escondida en el mismo lugar sin asomar siquiera la punta de la nariz. Este acontecimiento fue el promotor de un nuevo traslado familiar y esta vez, junto a sus padres y a sus abuelos maternos, llega a Daimiel, Ciudad Real, La Mancha. Ya tenía cuatro años de edad, había dado inicio la década del 30 y concurría al Colegio de “La Divina Pastora” en la calle de La Estación.

Si en la actualidad le pregunto quién era la Divina Pastora, me responde con los ojos chispeantes y fijos, como si estuviera viendo lo que dice... y me cuenta su historia y describe el lugar: —“El altar está en un sitio donde hay

² Los quinquilleros eran vendedores ambulantes de quincallería, teniendo en aquellos años mala fama debido a pequeños hurtos (N.E.).



Carnet de funcionario de prisiones de Esteban de Luelmo, abuelo de la autora.

como una gruta inmensa y allí está La Divina Pastora, con un niño en brazos, tiene un sombrero grande y un bastón en su mano, esta sentada debajo de un árbol con todas las ovejas alrededor. Se llega hasta el lugar por la calle de La Estación; de San Pedro hacia arriba”. Cuando termina de contarme, se le nubla la vista y le cambian las facciones de su rostro y yo me pregunto: ¿seguirá estando allí La Divina Pastora? y... ¿la recordará mi madre tal cual la vio, después de setenta y tantos largos años?

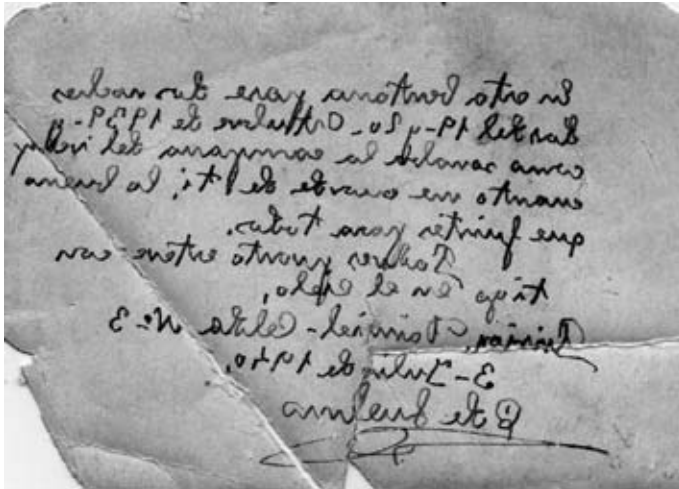
Pero estamos, decía, en la página donde mi madre comienza a ir al colegio y a quienes concurrían a esa edad se les llamaba párvulos, la etapa escolar inmediatamente anterior a la obligatoria. Junto a Manolo Astilleros Aldea y su hermana Josefina, eran los

tres más pequeños del aula y cuando a las mayores las hacían sentar en ruedo para ejercitarse en la lectura, los tres pequeñines aprovechaban esta situación para sacar de los libros que quedaban en los bancos, las “magiquitas”³ y jugar a vestirlas con diferentes trajes de variados colores, hasta que eran descubiertos por alguna de las monjas y al preguntarles: –¿qué estáis haciendo? Respondían: –*Nara güeno, nara güeno.*

Su vida en Daimiel transcurre de manera normal, como correspondía a una niña de esa edad y en esa época, siempre mimada y complacida por sus padres y abuelos y por sus tíos, Catalina y Cándido, hermano de su madre.

- ¡Oye madre!... ¿Y este perro que está contigo en la fotografía era tuyo?
- Pues no era un perro, mi niña, era una perra y se llamaba *Santoña*.
- ¿*Santoña*? ¡Vaya, qué nombre!
- Dile a tu abuela que te cuente su historia.

³ Quizá por “mariquitas”, muñecos recortables (N.E.)



Transcripción literal: “En esta ventana pase dos noches las del 19- y 20- octubre de 1939 - y como sonaba la campana del reloj cuanto me acorde de ti. lo bueno que fuistes para todos.

Padre pronto estará contigo en el cielo, Prision. Daimiel -Celda nº 3 3 -Julio de 1940.

C de Luelmo

Estábamos en el penal de Salamanca próximos a mudarnos al penal de Santoña. Poco antes de partir, mientras preparábamos nuestra mudanza, recibimos una encomienda y una carta que provenían del lugar de destino, en la encomienda venía una jaula y en su interior una pequeña perrita; en la carta, con impecable caligrafía, escrito lo que a continuación te he de contar:

“Santoña me llamo,
nacé en el Penal,
voy a Salamanca
ciudad cultural.
Dichosa me considero
y del presidio salí,
clemencia pido señores
por los que quedan allí.
Una Hortensia voy a ver,
flor que un jardinero guía
y yo espero que sea ella,
la protectora mía”.

Ya el abuelo Esteban se había retirado de la Prisión y ahora tenían una casa grande en las afueras de Daimiel, donde criaban gallinas, patos, pavos y conejos. María Luisa acompañaba hasta la Iglesia de Santa María a su abuelo, a escuchar misa y salía con él, casi todos los días, a caminar por los alrededores, disfrutando del aroma a flores que flotaba en el aire, del canto de los pájaros, de sus vivos colores y del perlado rocío que mojaba sus piernas cuando cruzaba el prado cubierto de amapolas silvestres.

–Oiga, Don Esteban. ¿No quiere comprarnos Ud. estos grillos?

–Y... ¿Cuánto cuestan?, rapazuelos!

–Sólo unos centavos, los que Ud. quiera.

Y así, con la ayuda de su abuelo, introducía los grillos en las pequeñas y cilíndricas jaulas con rejas de madera, que luego colgaban en el dintel de la ventana, sobre los maceteros de geranios y malvas, para que invadan con su agudo sonido, las soleadas tardes de primavera.

Con sus amigas Angelita y Rosita Sánchez de la Flor, compartía largas horas de juego en su niñez, formando corro y cantando:

“En mi casa hay un patio muy particular⁴,
que se llueve y se moja, como los demás.
Agachaté y vuélvete a agachar,
Las niñas bonitas se vuelven a agachar”.

O formando una ronda tomadas de la mano, dando vueltas y vueltas mientras sus dulces voces expresaban:

“¿Donde están las llaves?, matarilerilerile.
En el fondo del mar, matarilerilerón.
¿Quién va a bajar a buscarlas?, matarilerilerile.
Bajará María Luisa, matarilerilerón.
¿Con quién la hará Ud. casar?, matarilerilerile
Se casará con el príncipe, matarilerilerón. ¡Pon, pon!!

Así, entre el juego de “Los oficialitos nuevos”, las “Cuartetas”, “El avión”, “La media naranja” o el juego del “Trompo”, fueron transcurriendo los días más felices de su vida.

Ya había dejado atrás la etapa de hacer palotes en la pizarra y ahora transitaba por otra, la de la escritura y la lectura, siempre en el Colegio de La

⁴ La letra tradicional es: El patio de mi casa es particular, cuando llueve se moja como los demás, agáchate... (N.E.)

Divina Pastora, pero fue justo en ese momento de números y letras, de cuentas y oraciones, cuando su abuelo Esteban, al salir del rosario, sufre un ataque al corazón.

Es trasladado en una tartana hasta su casa donde a los pocos días deja de existir, dejándola, sin entender porque tenían que pasar estas cosas, que nunca había imaginado que podían ocurrir.

Fue un entierro de 1ª Clase, con tres curas y tres monaguillos y los ancianos del Asilo acompañándolos hasta las afueras de la ciudad llevando velas; sobre el cajón de su difunto abuelo, habían colocado la gorra y el sable que formó parte de su uniforme como Jefe de Prisiones.

Poco tiempo después, los rumores que alcanzaba a escuchar de los mayores no eran para nada de buenos augurios y lo que en ellos se decía se hace realidad en Julio de 1936, cuando contaba con solo diez años de edad. Da comienzo la Guerra Civil.

El colegio al que concurría lo cierran y las monjas se van. No obstante concurre a otro, que es de Doña Felicidad Baeza, pero también lo cierran poco tiempo después, por lo que su madre la lleva a uno, que recuerda le decían La Academia, cuyo Director era Don José Barrios y su maestra Paula Casares, a quien muy poco veía debido a que había perdido a un hermano en la guerra y estaba pasando por un mal momento.



Hortensia y Gregorio, padres de la protagonista.



En el penal de Santoña.



M.^a Luisa, pequeña M.^a Luisa y su madre.

Mientras tanto, a su padre lo han cargado en un camión y se lo han llevado, no sabe donde; según pudo escuchar a su madre comentar en voz baja con su abuela, iba al frente de batalla.

Ahora no asiste más a la escuela, han colocado en lo alto de una torre una sirena y les han dicho que si suena, deberán correr hasta el refugio y aguardar allí, hasta que escuchen otra, que anunciará que el peligro ha concluido.

Ya nada es igual, no se habla de otra cosa que no sea de la guerra y todo el mundo anda mal, se ha borrado la sonrisa de los rostros y para colmo de males, la sirena suena cada tanto y a correr, ¡todo el mundo a correr!

–Suena la sirena, madre. ¡Vamos al refugio con la niña!

–Ve tú, hija mía, y no sueltes por nada del mundo a la pequeña, yo no tengo fuerzas para llegar, me quedare rezándole al Señor.

Qué enorme angustia, por un lado el terror por la sirena que anuncia un probable bombardeo de los aviones, (cosa que nunca ocurrió) y por otro, tener que dejar a su abuela sola, sin poder hacer nada por ella.

Los días son interminables, las horas pasan lentas, qué lejos parecen esos días en que iba con sus amigas a la cuadra de las mulas, sabiendo que en los pajares había gatos pequeños, a cazarlos, poniendo una lata de sardinas vacía en el interior de una bolsa que mantenían con la boca abierta hasta que lograban su cometido.

Pero ahora, ha llegado un vecino llamando a voz en cuello:

–¡Hortensia! ¡Hortensia!

–¿Pues qué está pasando Don Manuel?, diga Ud.

–Es que han llegado noticias, que no son para nada buenas. Debo hablar con Ud. a solas.

Salió Hortensia con los ojos cubiertos de lágrimas y no hizo falta que nadie preguntara nada, ni siquiera la pequeña María Luisa. Todo lo confirmó el riguroso luto que comenzó a vestir su madre y la misa que dieron por la memoria de su padre en la Iglesia de Santa María La Mayor.

No se habían repuesto aún de la pérdida de su padre, cuando la abuela se enferma y al poco tiempo las deja, partiendo de este mundo.

Escuchaba decir que su abuela, no pudo soportar tanto dolor y en consecuencia... ¡había muerto de pena!

Sus trenzas negras, que le llegaban hasta la cintura, ya no llevaban moños de colores, su tío le había comprado una cinta de terciopelo negro y con ella se hizo moños para acompañar a su abuela María Luisa hasta el cementerio, donde descansaría al lado de su abuelo.

Pero hoy es un día distinto, se ve a la gente muy excitada, todos hablan animados y corren a la plaza. Hacia allá va también María Luisa con su madre, ¡y está todo el pueblo!

–¿Por qué estamos aquí?

–Venimos a despedir a tu tío Cándido que se va al frente, a pelear contra las tropas de Franco.

Cuando lo vio en el centro de la Plaza Mayor, entre un grupo de hombres formando fila, corrió a su lado. Tomándole las manos y llorando le decía:

–¡Tío! ¡Tío! ¡No te vayas tío, no te vayas!, ¡quédate con nosotras!

–¡No llores, mi reina!... Cuando regrese, te traeré los pendientes más hermosos del mundo para ti. Ahora Catalina, la esposa de su tío Cándido, también ha quedado sola, llorando la partida de su esposo y con el alma cargadita de pena.

Cuánta pena también tiene acumulada María Luisa con sólo doce años, qué momentos difíciles está pasando y para colmo, hay gente que les niega hasta el saludo, no sabe bien por qué, pero parece que no fueran bien vistas entre algunas personas. Además, está confundida con esta guerra, ¿quiénes son los que pelean? Porque según algunos cánticos, parece que también los niños se están peleando. Ha escuchado cantar:

Los chicos del cuarenta
precisan dos vagones,
uno para los culeros
otro pa' los biberones.



Colegio S. José, donde estudió la protagonista.

En abril ha cumplido ya los trece años y en abril también ha finalizado la guerra⁵, pero para ella y su madre comienza algo peor aún, las persiguen por considerarlas opositoras al régimen de Franco. A su tía Catalina, la han detenido y está incomunicada.

Citan a su madre todos los días a la Comandancia Militar que tiene sede en el Casino, debe presentarse a declarar el paradero de su

hermano Cándido, al que se le acusa de socialista. Son largas e interminables horas que tiene que permanecer sentada a la espera de que la atiendan.

– Díganos. ¿Dónde se encuentra su hermano, Cándido de Luelmo Elvira?

– No lo sé, señor. No hemos tenido noticias de él, desde que se fue.

– Pues bien. Deberá Ud. regresar mañana nuevamente a declarar a la misma hora de hoy, a este lugar.

Pero peor que eso era despertarse a media noche por los golpes que daban en la puerta y el grito de ¡Requisa!, ¡Requisa!, que las obligaba a levantarse y salir con lo puesto a la calle, hasta que revisaban toda la casa y cuando regresaban a su interior encontraban todo tirado por el suelo y los colchones cortados por las bayonetras, para ver si en ellos ocultaban algo.

A veces les llevaban lo poco que tenían para comer y cuando los falangistas se retiraban, lloraba desconsoladamente junto a su madre.

En la actualidad, suele despertarse por la noche acongojada, con los ojos cargados de lágrimas, porque ha estado soñando que llegaban a buscarlas, es algo que jamás pudo borrar de su mente.

En el mes de octubre de 1939, su tío Cándido es tomado prisionero



Título de propiedad de una sepultura en Daimiel a nombre de Cándido Luelmo, tío de la autora.

⁵ La Guerra Civil finalizó el 1 de abril de 1939 (N.E.)

por el régimen que está ahora en el poder y trasladado a Daimiel para ser alojado en la prisión, donde, por esas cosas del destino, su abuelo había sido jefe y su padre celador. La ajada fotografía que guarda celosamente, muestra a su abuelo Esteban en la Prisión de Daimiel, al fondo, se alcanza a ver parte de una ventana con gruesas rejas y en su parte posterior dice lo siguiente: “*En esta ventana pase dos noches, las del 19 y 20 de Octubre de 1939 y como sonaba la campana del reloj, cuánto me acorde de ti, lo bueno que fuiste para todos. Padre, pronto estaré contigo en el cielo. Prisión. Daimiel. Celda N° 3. 3 Julio de 1940 C. de Luelmo*”.



María Luisa Delgado de Luelmo, 1950.

No fue tan pronto como su tío Cándido imaginaba, iban a pasar diez meses más todavía, para poder encontrarse con su padre, como decía en la foto. Precisamente el día 17 de Agosto de 1940, según dice la carta que guarda mi madre y que su tío comenzó a escribir un día antes.

En ella dejó escrito lo siguiente:

En la Capilla. Daimiel 16 Agosto de 1940

Mi testamento:

Cándido de Luelmo Elvira, de 41 años casado natural de Zamora y unas horas antes de morir. Texto a favor de mi esposa, Catalina de Pedro de Pedro, mitad de todo lo que me haya correspondido de mi tío Manuel (q.e.p.d.) y de lo que por herencia me corresponda de otras que yo desconozca y la otra mitad a mi hermana Hortensia y si esta falleciere a mi sobrina Luisa Delgado de Luelmo y les pido a estos seres tan queridos míos, que no les guarden rencor a nadie, pues es que yo perdono a todos. Los gastos que los comprueben con facturas y con lo que quede se lo repartan como Dios manda. Hortensia, que me entierren con los restos de nuestros queridos padres (que están en el cielo), el entierro lo más humilde que puedas y me mandas que me digan por mi alma en el Cristo rezada y muy temprano y en Luelmo otra también temprano y rezada. Muero cristianamente y le doy gracias a Dios por haberme dado tiempo y ponerme bien con el y muero perdonando a todos y que me perdonen a mi.

Sin más que hasta el cielo rezar por mí. Tu esposo, hermano y tío. Daimiel, las 3 de la mañana del 17 Agosto 1940.

*Cándido de Luelmo Elvira
(Para entregar a mi hermana y mi mujer)*

En la Capilla. Daimiel 16 Agosto de 1940
 Mi testamento.
 Cándido de Luelmo Elvira, de 41 años casado natural de Zamora
 y unas horas antes de morir.
 Testo a favor de mi esposa Catalina de Pedro de Sedes, Mit.
 de todo lo que me haya correspondido de mi difunto Manuel, q.e.e.g. y de
 lo que por herencia me correspondiera de otras que lfo. de Zamora, y de
 otros misos ami Hermana, Hortensia y si esta falleciera ami, sobrina
 Luisa Delgado de Bielmo, y les pido a estos ser el tan queridos misos que
 no les guarden rencor a nadie, pues es que yo pido a todos. Los gastos
 que los acompañen con funeras y con lo que se le reparten, como Dios
 manda. Hortensia que me entienda con los restos de nuestros queridos queridos
 padres, que les, el entiendo lo mas unida que quedas, y me mandas que
 me ligan por mi alma en el Cielo reparta y mi tiempo, y en Luelmo tra
 tan bien Hermana y reparta, Misero criticadame mente y de todo gracias a Dios
 por haberme dado tiempo y ponerme bien con ella y miso perdón de
 a todos y que me perdonen ami.
 Sin mas que basta al cielo repa por mi, tiempo y herencia
 y to. Daimiel das 2 de su mañana del 17 Agosto 1940
 Cándido de Luelmo Elvira

Para entregar a mi hermana y mi mujer.

Estremecedor testamento de Cándido Luelmo horas antes de ser fusilado.

El sacerdote que lo confesó y permaneció a su lado hasta el momento de ser llevado al paredón de fusilamiento, fue el encargado de depositar la carta en manos de su hermana Hortensia. Ya nadie hablaba, las palabras habían sido reemplazadas por el llanto y el desconsuelo era cada vez mayor, parecía que el destino se había ensañado en estas dos mujeres que ahora estaban, solas y sin saber qué hacer.

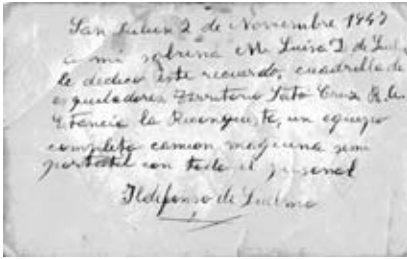


Foto dedicada de Ildefonso de Luelmo a su sobrina M.ª Luisa.

El cuerpo de su tío Cándido les fue entregado en el Cementerio para que procedan a su entierro, En el Ayuntamiento le entregaron la ropa y el Certificado de Defunción, cuya causa de muerte no condecía (*sic*)⁶ con la realidad.

Su texto expresa:

*Folio Ciento Siete –Acta de Defunción 2315372/99 Registro Civil de Daimiel– Distrito de Idem, En la ciudad de Daimiel, Provincia de Ciudad Real, a las nueve horas, __ minutos del día diez y siete agosto de mil novecientos cuarenta, ante Don Ramón ¿Abelardo? Lozano Juez Municipal y Don Ramón de la Torre López Secretario– se procede a inscribir la defunción de Don Cándido del Luelmo Elvira, nació el 16 de Agosto 1899, natural de Zamora, Provincia de Ciudad Real digo de la misma, hijo de Esteban y de Da. Luisa, domiciliado en esta ciudad, calle de Fontecha, número __, piso __, de profesión empleado y de estado casado con Catalina de Pedro de Pedro, de cuyo matrimonio no deja sucesión. Falleció en esta ciudad el día de hoy a las seis horas __ minuto (*sic*), a consecuencia de fractura del cráneo, según resulta del informe facultativo y reconocimiento practicado y su cadáver habrá de recibir sepultura en el cementerio de esta ciudad.*

Esta inscripción se practica en virtud de orden del señor Juez Militar de esta Plaza, consignándose además que no consta si otorgó testamento, habiéndola presenciado como testigos D.ª Purificación Dopazo Sánchez y D. Manuel Martín de Bernardo, mayores de edad y vecinos de esta ciudad.

Leída esta acta, se sella con el del Juzgado y la firman el Juez, los testigos y de que certifico.

Su tía Catalina ya no estaba con ellas, había recogido lo poco que le dejaron cuando la liberaron, tras la captura de su esposo y partió con destino a su tierra de origen, Luelmo, en la provincia de Zamora.

Gracias a que su madre trabaja por temporada en el Ayuntamiento de Daimiel, transcribiendo el Padrón Rústico y Urbano, para presentar a La Casa

⁶ Coincidía (N.E.).

de La Hacienda y enseña a los labradores y algunas otras personas a leer y escribir, tienen dinero para poder salir adelante. Pero son pocas las cosas que se consiguen, hay mucha escasez de alimentos y sobre todo de primera necesidad, se lo puede conseguir en el mercado negro, pero hay que tener dinero para hacerlo, si no fuera así, no sacarían esos afiches a la calle que dicen:

“Octavo aniversario de la sabrosísima e ilustrísima Doña Patata (q.e.p.d.). Rogad al Gobierno encarecidamente, por el alma de Doña Patata que falleció durante la liberación de la pasada guerra. Su desconsolado padre, Don Arroz, ausente, hermanos, Don Pan, de luto riguroso, Don Aceite, en el extranjero, Don Garbanzo, desaparecidas, hermanas, Doña Lenteja y Doña Alubia, Religiosas Clausuradas y su Tío Fariñeta, único sobreviviente presente, amigos, compatriotas y demás deudores, ruegan y encomiendan sus almas a los Estraperlistas y dignándose asistir a los funerales que se celebran en la Fiscalía de Tasas.

La Casa Mortuoria, La Tienda.

Agencia de Pompas Fúnebres, Junta de Abastos.

La carne se da por despedida. No se reparte Racionamiento.

Lloren asimismo nuestros estómagos tan caramamente caro (8 Pesetas el Kilo)”

También cantaban haciendo alusión a este tema una cancioncilla que decía:

La Pelona está enojada
porque no le crece el pelo,
Pelona, sin pelo,
cuatro pelos que tenías
los vendiste al estraperlo,
Pelona, sin pelo.

María Luisa ha dejando atrás su adolescencia. Tanto sufrimiento la transformó en una persona mucho más madura de lo que debería ser a esa edad, tiene que superar ahora otro escollo en el camino. Su madre está muy delicada de salud y a pesar de los esfuerzos, su corazón deja de latir el 18 de Diciembre de 1945. María Luisa Delgado de Luelmo, con diecinueve años de edad, ha quedado, totalmente sola.

Sola y sin nada, por lo que, tras regularizar los papeles inherentes al entierro, decide irse a la casa de sus abuelos paternos, que todavía viven en Almeida.

No fue por Zamora hasta Almeida, fue por Salamanca, en el asiento de al lado, viaja una joven mujer que la reconoce, seguramente la ha visto alguna vez en casa de sus abuelos...

—¿Tú no eres María Luisa, la nieta de Don Antonio? — Sí, soy yo.

—¡Ah! Ya me parecía. ¿Vas al entierro de tu abuelo?

MINISTERIO DE JUSTICIA
Registro Civil

Serie AA N.º 820136
34
ta 40

CERTIFICACION EN EXTRACTO DE INSCRIPCION DE MATRIMONIO

Sección 2.ª
Tomo 52
Pag. 18

13 NOV 1933
13 NOV 1933
13 NOV 1933

Registro civil de Bermúdez de Sayago
Provincia de León
D. Gregorio Delgado Zambrano
Hijo de St. Antonio y de Doña Bruna
nacido en León de castitcho casa
de estado soltero y domiciliado en Alameda
y Dña. Antonia Antonia de Luelmo Bruna
Hija de St. Esteban y de Doña Luisa
nacida en Donabaja del Valle de Castitcho casa
de estado soltera y domiciliada en Bermúdez de Sayago

CONTRAIERON MATRIMONIO Canónico
en Bermúdez de Sayago
hora, del día veintidós de junio
de mil novecientos veintidós

CERTIFICA: En cumplimiento de la ley Registrada en el tomo, el Encargado
D. José Domingo Sánchez
Bermúdez de Sayago a 12 de Junio de 1933.
(Firma del Encargado)

Impuesto de la certificación:
Ley de Saneamiento (art. 75) (en plizas)..... 2,00 pes.
Tasa (Decreto de 19-8-04, arts. 4.º y 5.º)..... 2,00 +
Tasa (art. 50, tarifa 1.ª) (I)..... +
Tasa (art. 51, tarifa 1.ª) (II)..... +
Impreso (2)..... 2,00 +
Total.....

42976/75 (4)

Madrid, S. A.—Madrid

Matrimonio de Gregorio Delgado y Hortensia de Luelmo, padres de la protagonista del relato.

No llegó a tiempo al entierro de su abuelo Antonio, el mismo se había realizado el día anterior a su llegada. Corrió para abrazarse con su abuela Bruna, pero su abuela estaba parálitica en la cama.

Todavía le golpean en la mente las palabras de su abuela:

–Hija... Vienes en mala hora, hija.

Estuvo muy poco tiempo con ella, porque a los quince días exactamente, su abuela Bruna dejó este mundo y nuevamente queda sola, otra vez sin nada ni nadie a su lado.

Otro golpe para su joven corazón, ahora sí estaba totalmente desorientada, quería regresar a Damiel, pensaba que por lo menos allí encontraría gente que la conocía y al ser más grande la ciudad, alguna posibilidad de trabajo, Almeida era pequeña y a nadie conocía.

Fue a despedirse de los vecinos de sus abuelos, el dueño de casa había sido Jefe de la Guardia Civil en ese lugar y al verla le dijo:

–Mi hijo Amador, que es Secretario del Gobernador de Zamora, viaja mañana hasta allí ¡Irás con él!

Al día siguiente, ese hombre la dejaba en un pequeño hotel de Zamora, cuyos jóvenes dueños eran de Almeida y al darse por enterados que era nieta de quienes habían horneado el pan que comieron por mucho tiempo en su pueblo natal, le dijeron:

–Pero... ¡Tú tienes familiares aquí! –Sí, pero como era mi madre la que se escribía con ellos y nunca los vi, no sé quienes son.

–Está aquí una prima de tu madre, casada con Carlos Muñoz que tiene la fábrica de bicicletas Orbea.

El dueño del hotel se contactó (*sic*) con la familia y por la tarde llegaron hasta allí, quienes siempre nombra y recuerda con inmenso cariño, tía Esperanza y tío Carlos. ¡Qué emoción! ¡Alguien de la familia! Lo primero que escuchó fue:

–¡Tú de aquí no te mueves!, ¡te quedas con nosotros!

La llevaron a la casa de Cándido de Luelmo González, hermano de su abuelo Esteban y se quedó allí a vivir, junto a Consuelo y a Sacramento, esposa-hija respectivamente del difunto Cándido.

Cándido, había tenido una escuela y en ella ejerció la docencia, uno de sus alumnos, llamado Victoriano Velasco, era abogado y siempre frecuentaba la casa de su antiguo maestro, tenía este dos hermanos que se encontraban en Buenos Aires, Argentina y le comentó a María Luisa que sus hermanos eran muy amigos de Ildefonso, su tío, ya que habían ido juntos a la escuela en Zamora.

Ildefonso de Luelmo Elvira, era el único tío que le quedaba con vida, hermano de su madre.

Paso el tiempo y un día llegó Victoriano a casa de su tía Sacramento, a decirle que sus hermanos estuvieron con su tío Ildefonso y éste les había solicitado, que si escribían a Zamora, averiguaran qué familia le quedaba allí, ya que hacía 18 años que él no escribía y no tenía noticias de ningún familiar.

La respuesta no se hizo esperar y le contestaron diciéndole que la única que se encontraba allí, era María Luisa, la hija de su hermana Hortensia. El primer contacto con su tío, fue a través de una fotografía que éste le envió, en ella estaba Ildefonso acompañado de varias personas en un camión, cargado de bártulos. De fondo se observan unos cerros con escasa vegetación y en el reverso de la misma decía lo siguiente:

San Julián, 2 de Noviembre 1947

A mi sobrina M Luisa D. De Luelmo le dedico este recuerdo, cuadrilla de esquiadores, Territorio de Santa Cruz, R.A. estancia La Reconquista, un equipo completo camión, máquina semi-portátil con todo el personal.

Ildefonso de Luelmo

Su tío la reclama, dado que hasta los 24 años no era mayor de edad, y a partir de ese momento comienza el trámite de papeles para obtener el pasaporte y todo lo inherente a su viaje, para poder ir al encuentro, del único familiar más directo que le quedaba y para eso, debía cruzar de un lado a otro el Océano Atlántico.

No importaba cuán largo fuera el viaje, estaban muy frescas todavía las imágenes de lo vivido poco tiempo atrás y pensaba que yéndose lo más lejos posible, le haría olvidar los malos momentos que le había tocado pasar.

El 28 de octubre de 1949, con veintitrés años de edad, recibía el Pasaporte, otorgado por el Gobierno Civil en Zamora.

Sus familiares acuerdan enviarla con Ana García, esposa de Ildefonso de Luelmo Asencio, hijo de José de Luelmo González, otro hermano de su abuelo Esteban, que vivía en Villalonga, Valencia, para que la acompañe hasta Barcelona, donde debía embarcar.

No pudo concretarse su partida, al presentar la documentación, estaban faltando algunos documentos que le imposibilitaban viajar, volvió a Villalonga y estuvo viviendo con estos nuevos tíos, Ana e Ildefonso, mientras obtenía la documentación faltante.

Debe regularizar los Visados, cuyo plazo caduca cada noventa días, como así también realizar la primera renovación en su pasaporte y para ello regresa nuevamente a su provincia natal desde Valencia en varias oportunidades.

El día 3 de diciembre del año 1950, el puesto de Policía del puerto de Barcelona, en el Sector Nordeste, estampa un sello en su Pasaporte autorizando la salida, –previo haberle solicitado la entrega de su Cartilla de Racionamiento y embarca en el Vapor Santa Fe, de la Compañía Doderó.

Pocos días después, la Dirección Nacional de Migraciones de la República Argentina, estampa otro sello, con fecha 20 de diciembre del mismo año, registrando su entrada a este país, donde comenzaría una nueva etapa en su vida.

SU VIDA DEL OTRO LADO DEL ATLÁNTICO

En el puerto de Buenos Aires, la esperaba Luisa Elvira, hija de Florentino Elvira Domínguez, hermano de su abuela María Luisa, que vivía en Carlos Casares, Provincia de Buenos Aires. Llega hasta allí al día siguiente y perma-



Acta de nacimiento de M.ª Luisa Delgado, autora del relato.



Partida de Bautismo de M.ª Luisa.

nece con ellos hasta el mes de marzo de 1951, esperando que su tío Ildefonso, que se encontraba en plena temporada de esquila en la campaña, llegara de regreso a San Julián.

El día 18 de marzo del año 1951, luego de un largo e interminable viaje, llega a Puerto San Julián, por entonces Territorio de Santa Cruz, en la Patagonia, Argentina, donde continúa viviendo en la actualidad.

Cuando le he preguntado: ¿Qué sentiste, mamá, cuando llegaste a San Julián?, me respondió: –Hijo, ¡se me juntó cielo y tierra! Un pueblo tan chico, no se veía a nadie por la calle, mucho viento, mucho frío, las aceras eran un espejo de escarcha. ¡Si me habré caído! No estaba acostumbrada a caminar en la escarcha.

Las estufas eran a leña y carbón y por la noche cuando se apagaban, se escarchaba el agua dentro de la casa. Yo le preguntaba a mi tío si aquí no iban a comprar a la plaza y él me decía que aquí se hacían las compras para todo el mes y sólo la carne y el pan se repartía todos los días en un carro que iba de casa en casa.

De fruta y verdura, ¡nada!, se pasaban los meses sin verlas, los barcos venían una vez por mes desde Buenos Aires trayendo leña, carbón polaco y mercadería para las dos casas de comercio más grandes que había.

Tenía que lavar la ropa en un fuentón galvanizado que estaba afuera, bajo un tinglado, refregando la ropa sobre una tabla, ¡se me escarchaban las manos! Decía: –Dios mío, ¡Dónde he venido a parar yo!

Un día descubrí en un baúl de mi tío, lo que aquí llaman medias “hechas a garrotazos”, que son esas medias de lana cruda que no tienen talón; me las ponía en las manos y pensaba que no podían ser mitones, dado que le faltaba la parte donde se coloca el dedo, pero medias tampoco, porque les faltaba el talón. Luego me explicaron que eran así porque se colocaban de cualquier lado, yo las usaba tanto en los pies como en las manos y me abrigaba con calzoncillos largos de mi tío para poder soportar tanto frío, al que yo no estaba acostumbrada; para colmo de males, toda la ropa que tenía era ropa para el clima de allí, piensa, que antes de partir había estado en Valencia.

Y la casa, ¿cómo era con respecto a las de allá? ¡Oh! Era muy precaria, de madera y chapas de cinc, cuando soplaba el viento parecía que se iba a desarmar, no tenía ninguna instalación, ni de agua ni de sanitarios. Lo que pasa es que mi tío, siempre había estado poco tiempo en su casa, todas las tareas que desarrolló, siempre fueron en el campo, venía a su casa cuando llegaba al pueblo, estaba unos días y se volvía a ir.

Cuando yo llegué, su actividad era la esquila de animales ovinos, cuando terminaba la temporada, estando solo, se iba a Buenos Aires a pasar el invierno y no regresaba hasta la primavera, era un bohemio solterón. Siempre estuvo solo, trabajó en barcos mercantes que salían desde Buenos Aires a dis-

tintos puertos de Europa, trabajó en el frigorífico que la compañía Swift, una compañía inglesa, tenía acá en San Julián. Fue carrero, tropero, desempeñó tareas rurales y por último tenía su “Comparsa de Esquila”; se vino de España porque no quería estudiar según decía, tuvo de maestro a su tío Cándido en Zamora, al hermano de mi abuelo.

—¿Te costó adaptarte mamá?

—¿Si me costó adaptarme? ¡Vaya, si me costó adaptarme! No era fácil, cuando comenzaba la esquila, yo me quedaba sola en casa, durante cuatro o cinco meses y tenía que arreglármelas como podía. Hasta tuve que aprender a cortar leña para prender la estufa. Más de una vez volaba el palo que cortaba con el hacha por los aires y caía sobre mi cabeza.

Así fueron transcurriendo sus días en esta nueva tierra, tan distinta a la que ella dejara del otro lado del Atlántico. De a poco se fue acostumbrando a esta nueva forma de vida, a su gente, a sus costumbres, a la soledad y al clima, al duro clima patagónico; de a poco también fueron pasando los días, tan largos en verano y tan cortos en invierno y los días formaron meses y los meses sumaron años.

Ya hacía exactamente dos que estaba en San Julián y caminaba con dificultad las nueve cuadras que separaban su domicilio del Edificio de Correos y Telégrafos, cada vez que tenía que dirigirse a despachar correspondencia, porque todavía no había podido acostumbrarse a caminar sobre el voluminoso colchón de guijarros que ocupaba el ancho de las calles. Mantenía correspondencia con aquellos familiares que la habían acogido tanto en España como en Argentina y esperaba ansiosa la contestación a sus misivas, por un lado para enterarse del estado de aquellos que habían quedado tan lejos y, por otro, porque le agradaba ver llegar a ese apuesto y simpático cartero llamado Eduardo, en su bicicleta negra, con la cartera de cuero color marrón colgada de costado sobre un hombro.

A él le causaba gracia ese acento tan particular cuando ella hablaba y también sonreía pícaramente al escuchar algunas palabras, que no era común decir por aquí y de las que María Luisa ya sabía, que muchas eran tomadas con doble sentido.

Así se entabló una relación cada vez mas fluida, a tal punto, que llegó un momento en que ya no era necesario tener que recibir correspondencia para que se vieran a diario.

No sé si fue a causa de la ingenuidad, de la soledad o de la unión de ambas, pero al mes de (*sic*) 1953 María Luisa ya no podía ocultar que su vientre estaba creciendo, porque adentro, alguien estaba necesitando más lugar y a esa altura de los acontecimientos, ya estaba sabiendo que, del que estaba allí, se tendría que hacer cargo sola, porque Eduardo le había comunicado que tenía decidido trasladarse a Comodoro Rivadavia con su madre y sus hermanas.



Pasaporte de M.^a Luisa.

Menuda situación y, encima, tener que escuchar a su tío, quien consideraba una deshonra lo ocurrido y a la chusma del pueblo, que no veía con buenos ojos que una mujer pudiera tener un hijo siendo soltera; tendría que llevar la cruz sobre su espalda de por vida.

Un día 8 de marzo de 1954, cuando el tibio sol de fines de verano, ya se estaba perdiendo por el horizonte, en su domicilio, acompañada por Celestina López de Behm, una vecina amiga de la casa y por el Dr. Alberto Nieto, recibe el fruto de ese fugaz amor, del que casi no pudo darse cuenta que existió.

A los cuatro días del alumbramiento, su tío, acompañado de dos personas que estimaba, llegó al Registro Civil para inscribir el nacimiento de quien se llamaría como él, Ildfonso y llevaría el apellido de su madre, Delgado; el espacio reservado a los datos del padre estaba sin completar, sus renglones, totalmente vacíos.

Ahora María Luisa distribuía las horas del día en lavar pañales, planchar, cocinar, dar la teta y estar pendiente a los requerimientos de su pequeño bebé, pero en compensación, sabía que ya no estaría sola cuando su tío se tuviera que ausentar y tendría alguien a quien contarle los cuentos que había aprendido de su madre y de su abuela, a cantarle villancicos y enseñarle a rezar mientras lo vestía:

“Jesusito de mi vida,
dulce niño como yo,
por eso te quiero tanto
y te doy mi corazón”.

Y cuando lo acostaba:

“Con Dios me acuesto,
con Dios me levanto,
la Virgen María
y el Espíritu Santo”.

El duro corazón de aquel sesentón, soltero y bohemio, que durante tanto tiempo había estado solo y lejos del cariño de una familia, ahora se había ablandado convirtiéndose en una mezcla de padre y abuelo al mismo tiempo; para aquel que ya había comenzado a dar sus primeros pasos y balbuceaba algunas palabras, de las cuales eligió “Tata”, para identificarlo.

Corría a su encuentro cuando llegaba a casa con los bolsillos llenos de golosinas, que no eran otra cosa que pasas de uva, huesillos, pelones, azúcar en terrones o algún caramelo y generaba las protestas de mi madre:

–¡Dele!, ¡dele, porquerías al chico para que después no coma!

Pero él hacía caso omiso a sus palabras y la escena volvía a repetirse día tras día.

Ambos éramos felices cuando salíamos en el viejo camión a realizar compras o cuando comenzaban los preparativos para salir a la campaña y llegaba a “casa el mecánico” a preparar la máquina de esquila, ajustando, lubricando piezas y probando el motor de dos tiempos que dejaba escapar un estampido fuerte y seco por su caño de escape. En segundo término, llegaba el cocinero y revisaba meticulosamente un enorme cajón donde guardaban

ollas, sartenes, espumaderas, cucharones y fuentes de tamaño gigante y hacia una larga lista con todo lo que necesitaría para darle de comer a todos los integrantes de la “Comparsa”.

Mientras tanto, con un jardinero gris, que supuestamente me protegería para no ensuciarme, yo manipulaba (*sic*) piezas con grasa y aceite, generando al final del día más protestas por parte de mi madre, mientras me introducía en el enorme fuentón de lavar ropa y refregaba el cuerpo con un esparadrapo⁷ que confeccionaba para esa ocasión.

Luego, cuando quedábamos solos con mi madre durante el período que duraban los trabajos de esquila o cuando en invierno su tío viajaba, solíamos estar largas horas, mirando por la pequeña ventana pintada de verde a través de sus pequeños vidrios y mientras tanto, me enseñaba los límites de España, diciéndome que al norte teníamos el mar Cantábrico y al sur el Mediterráneo, o que los colores de la bandera eran el amarillo y el rojo y para que me quedara claro, tomaba un papel y en él la dibujaba, flameando sobre toda la hoja.

Según la época del año, iba narrando las costumbres de su tierra y me hablaba de Santos, de Patronos, de gigantes y cabezones, de Iglesias, de procesiones y mientras la nieve caía copiosamente en San Julián, en pleno invierno, ella decía:

– Allí ya están pintando las uvas, –quiere decir que están madurando–, luego pasan los carros cargados de uva por las calles del pueblo, vienen de la viña y van a la bodega, tú le sales al cruce y le pides un racimo y te llenan el delantal que llevas puesto. Las uvas se cuelgan en los sótanos y tienes uvas para todo el invierno.

y cantaba:

“Entre San Juan y San Pedro
pintan las uvas,
para Nuestra Señora de Agosto
ya están maduras”.

Yo viajaba imaginariamente con mi madre por esos campos sembrados de vid, viendo pasar los carros cargados de uvas y hasta podía percibir el calor que allí hacia, que no se comparaba en nada, con el gélido frío de mi pueblo. Para todo tenía un refrán y siempre recordaba a los Santos. “*San Antón, es el santo de los animales. Ese día todos llevan sus animales hasta la Iglesia y a medida que van pasando frente a ella, el cura sale a la puerta y los bendice*”.

⁷ Probablemente el autor quiera decir estropajo (N.E.)

Mi abuela cantaba:

San Antón por enero
puso corbata,
como no toma vino,
no se la mancha.

Así fui aprendiendo todo lo inherente a sus costumbres, su clima, sus límites, sus fiestas, lo cual había adoptado como propias, pero a los seis años, cuando comencé la escuela primaria, la realidad era otra, no coincidían los límites, ni los colores de la bandera, ni la mayoría de las cosas, con lo que ella me había enseñado. Ya al segundo día de clase, la maestra de grado llamó a mi madre para decide:

–Mire, María Luisa, yo sé de sus buenas intenciones y de sus costumbres, pero no le enseñe al niño a presentarse de esa manera, porque acá no se acostumbra y va a provocar que los demás niños se rían. Todo lo que yo había hecho era repetir lo que mi madre me había enseñado, cuando la maestra me hizo poner de pie y preguntó: –¿Cómo te llamas? Le respondí: –*Ildefonso Delgado de Luelmo, para servir a Dios y a Usted.*

La vida transcurría de manera normal y sin contratiempos en esta pequeña familia y mi madre se ocupaba de todas las tareas inherentes al hogar, atendiendo a su tío y a mí. Por su parte, su tío se hacía cargo de los gastos que demandaba esa familia, con los ingresos que generaba a través del servicio que brindaba como contratista de esquila.

Una tarde, cuando yo estaba regresando de la escuela, vi salir de casa a un señor con un maletín en sus manos. Al entrar, mi madre dijo que era el bioquímico y que había ido a sacar muestras para un estudio, porque el “Tata” no estaba bien. Por la noche llego el médico y al día siguiente lo llevaron al Hospital, donde mi madre fue a cuidarlo y a mi, me dejaron durmiendo en casa de Celestina. Yo rezaba pidiéndole a Dios que se mejore y vuelva pronto a casa, pero Dios no me escuchó y el día 18 de Julio de ese invierno frío y gris del año 1963, me llamaron para decirme que él ya no estaba más con nosotros, que ahora estaba en el cielo.

Mi pobre madre lloraba y lloraba todo el día y yo no sabía que hacer para consolarla, fueron los días más tristes que había vivido en esos nueve años de vida. A medida que los días transcurrían, nuestra situación empeoraba, mi madre debía tomar algunas decisiones de cosas que ignoraba por completo; se aproximaba la fecha de sacar el equipo de esquila a cumplir con los compromisos pactados y ella nunca había estado al tanto de nada, a tal punto, que del dinero que había en una cuenta del Banco en la localidad, no podía hacer uso,



Acta de defunción de Cándido de Luelmo.



porque no estaba registrado a su nombre y para poder hacerlo, debía iniciar una “sucesión”.

En medio de un ir y venir de personas que llegaban, algunos como integrantes de la “Comparsa de Esquila”, y otros solicitando se les confirme la fecha en que estarían por su establecimiento ganadero efectuando el trabajo, no faltó quienes se ofrecieran voluntariamente para solucionarle todos los problemas que se pudieran presentar a María Luisa.

Fue un alivio para ella poder encontrar alguien que ocupara el lugar que su tío había dejado y así, como todos los últimos años lo hacía, salió el equipo completo, a realizar su tarea de esquila.

Pero la situación se volvió a complicar, cuando se produjo el regreso; había que liquidar los sueldos, pagar seguros, proveedores de mercaderías, combustibles, etc., y los ingresos recién se producían cuando el ganadero vendía su producto. Conclusión, en poco tiempo mi madre se quedó sin el camión, sin la máquina de esquila, con deudas y sin dinero y tuvo que salir a trabajar como empleada doméstica de casa en casa y conmigo a cuestras.

Así pasamos dos años muy duros con mi madre, pero cuando yo contaba con diez años de edad, ella forma pareja con alguien que conocía desde hacía algún tiempo y de esa pareja nació otro varón, llamado Carlos, un 18 de abril de 1965.

Ahora estábamos mejor, éramos otra vez una familia completa y encima, yo tenía la suerte de tener un hermano con quien compartir las horas del día.

Pero poco nos duró esa alegría, todo fue tan rápido, que casi no tuvimos tiempo de reaccionar, otra vez habíamos quedado solos por culpa de esa muerte repentina que se había llevado al padre de mi hermano, pero esta vez, además de estar nuevamente solos, éramos tres.

Otra vez mi madre tuvo que salir a limpiar, planchar y lavar por las casas, para ganar el sustento y mientras tanto, yo me quedaba cuidando a mi hermano, cambiándole pañales, dándole el biberón y llorando de impotencia por no poder hacer nada para cambiar tanta desgracia. Así crecimos juntos y nos mantuvimos los tres unidos hasta que a los veintiún años de edad me casé. Mi madre se fue al campo a trabajar, llevándose a mi hermano y allí continuó hasta que llegó el momento de acogerse al régimen jubilatorio.

Hoy escribo esta pequeña historia de mi madre, porque siento la necesidad de hacerlo, era una deuda que tenía conmigo mismo y a pesar de saber que habrá cosas que a ella no le gustará que las haya contado, tengo la obligación moral de sacarlas a la luz.

En la actualidad, mi madre vive en el mismo lugar al que llegó un lejano 18 de Marzo del año 1951. Con sus ochenta años a cuestas, tiene algunos problemas de salud, está sola en su casa, pero siempre rodeada del inmenso cariño de sus hijos, Carlos Hedelberto e Ildefonso, sus nueras, Margarita y Lucía del Carmen, sus seis nietos varones, Leandro Javier y Guido Nicolás, –hijos de Carlos y Margarita– Mauricio Rubén, Alberto José, Martín Miguel y Gonzalo Sebastián, –hijos de Ildefonso y Lucía– sus nietas políticas, Adriana Flavia y María Candela, –esposas de Mauricio y Alberto respectivamente– y dos bisnietas, Agustina y Josefina, hijas de Mauricio y Adriana.

Para finalizar la pequeña pero dura biografía de esta sufrida Zamorana que es mi madre, quiero hacerlo con una frase que siempre le he escuchado decir:

“Estoy aquí, en este país, porque el Régimen que gobernaba el mío me obligó a venir, pero fui, soy y seré siempre Española, nacida en Muga de Sayago, Zamora y nunca renuncié ni renunciaré a mi Patria, a mi raza, a mi Religión ni a mi bandera”.